No tardé en comprender que si este Hotel, á decir de todos, era el mejor del pueblo ¿qué serían los demás cuando el más bueno presentaba un aspecto rudimentario en toda la acepción de la palabra; vamos un estado perfectamente primitivo? Mas hay que hacer justicia á varias cosas importantes en ésta posada. Los cuartos y las camas, por ejemplo, son aseadas; la alimentación buena y abundante. El comedor, que está colocado en el zaguan, es algo obscuro y airoso, pero en cambio, en sus mesas y bancos al estilo del refectorio de un convento, siempre encuentra el viajero descanso, pescado fresco, perfectamente cocinado, y buena taza de café.

Había venido en busca del Mar Chapálico, de su grandeza y enseñanza; no en busca de las comodidades y el *confort* de la gran vida de los centros de la civilización y la cultura. Así es que en tal virtud, tomaría las cosas incómodas y las privaciones con la filosofía debida. A mí lo que me importaba era haber realizado un propósito de años: conocer el Chapala; y á fè mía que lo tenía á mis piés, con toda su hermosura encantadora y todos sus rumores imponentes, producidos por el viento, el vaivén de sus marejadas y el rompimiento de sus olas que, al chocar contra piedras y arenas, dan á la playa un ósculo pasajero de pura y blanca espuma.

¡Qué impresiones las de esta jornada! y todo en un solo día.

¡Adiós á Guadalajara!

Al través de la Sierra.

Finalmente: frente al extenso Mar Chapálico.

CAPITULO XV.

EL MAR CHAPALICO.

En sus orillas y sobre sus ondas.—Impresiones finales.

No cabía duda que estaba á orillas del Mar Chapálico. Prolongadísima siesta de la tarde me había robado en parte el sueño de la noche. El rumoroso viento, junto con el acompasado chasquido de las olas tendiéndose en la playa, no muy lejos de la ventana abierta de mi cuarto, eran prueba evidente de que muy cerca tenía el lago-mar, con toda su agitación de alma inquieta, con toda su vitalidad palpitante, más perceptible aún, en medio el silencio nocturno.

Al ruido musical del viento y de la marejada, había que agregar otro monótono, desagradable y provocativo: el de los moscos que abundan por aquí, y que en nubes compactas, se encuentran ya bien por la playa, ya por los callejones del pueblo, ya invadiendo hasta el más ínfimo rincón de las habitaciones de las casas.

Inofensivos estos insectos para el hombre (pues rara vez le pican), son del todo nocivos á ciertas cosas como por ejemplo, á las bujías. Atraidos por la luz, invaden en bandadas compactas la vela, cubriéndola de tal manera, que la convierten en columna de moscos, dándole un aspecto fantástico, como de hecho sucede con los soberbios relieves de la histórica

columna de Trajano. Es curioso ver esto; estudiar esos moscos porfiados é indomables, que chamuscan sus alas en la flama, y perecen al fin entre la estearina derretida por sus propios esfuerzos y una lucha titánica digna en verdad de mejor causa.

Pregunto yo ¿qué quieren esos moscos con la vela? ¿Se alimentan acaso con la estearina ó con el sebo? ¿O es la luz y el calor lo que tan solo les atrae? ¡La luz y el calor! que dos elementos de mayor atracción de placer y de vida en la Creación. Para el mundo físico, así como para el mundo moral, la luz *es todo*; el calor, lo es igualmente para la vida universal, acción grandiosa y estupenda del sol.

Pero volviendo á estos moscos, ó *mosquitos* de Chapala, quisiera saber á que familia pertenecen pues, desde luego, [puesto que no atacan con su trompa al hombre], no pueden ser de los insectos de la familia de los *hemóceros*, que es cosa averiguada, causan incomodidad á todo ser viviente. Estos moscos, que tienen un color verde, y que son conocidos en la Nueva Granada y otras partes de América, por lo venenoso y funesto de sus picadas, son aquí inofensivos. Presumo, que estos insectos de los depósitos acuáticos de estas regiones, están ya estudiados por los científicos del país, y que ellos, nos explican las causas, que determinan no sean venenosas las picaduras de estos insectos dipteros.

El calor, hace hasta cierto punto indispensable dormir aquí, con ventanas abiertas. Pero aún cerrándolas el resultado es siempre el mismo, puesto que, en los marcos de las puertas no hay vidrios, y cuando mucho sustituyen á estos, unos pedazos de manta por cuyas hendiduras penetran á las habitaciones esos audaces enemigos de las velas.

¡Qué primitivo y que modesto es todo en este pueblo de Chapala! ¡Pero cuán bello é inspirador su mar interno, cuán fragante y lozana su naturaleza, esa que le rodea por todos lados, como el marco de soberbios tallados y de dorado reluciente que, es com-

plemento y dualidad á una grande obra pictórica inspiración de un génio.

En vano me había esforzado en leer varias veces durante esa velada de mi primera noche en el Hotel. Cubierta la bujía, por esos moscos tan tenaces, era de todo punto infructuoso, pretender que la flama alumbrase las páginas del libro. Aquel compacto velador de insectos, aquel olor de las alas chamuscadas, aquellos pequeños animales enegreciendo la vela y obscureciendo la luz, hacían que la campaña emprendida contra ellos, fuese de todo punto ingrata para mí. No había otro partido que tomar sino era el de esperar la llegada de la luz del sol; mientras tanto, en las tinieblas de la alcoba, recapacitaria lo visto al través de las sierras, y trasaría mi plan de campaña para el nuevo día.

¡Con cuánto placer oía por fin el canto de los gallos en el corral de la fonda, y el cuchicheo de las golondrinas, anunciando junto con las campanas parroquiales la hora del alba! Los ténues rayos de la luz comenzaban á penetrar por las rendijas de las puertas, cuando saltando del lecho y vistiéndome con precipitación, salía por la ventana á un remedo de jardín con su cerca de palo, y de ahí salvando dicha cerca, á las tupidas arenas de la hermosa bañadora playa del Chapala.

El aire estaba tibio, y la naturaleza toda convidaba al amante de ella, á contemplar su despertar en medio las colorantes galas de una bellísima aurora matutina. Celaje de nacarados fondos, nubecillas de ténue fuego, ráfagas de violeta, sol de rayos de oro iluminando las crestas de montes encumbrados. Hé aquí la escena que ante mi vista atónita se echaba de ver desde la playa.

Las campanas de la poética iglesia parroquial que sonaban á orillas del lago-mar, hacían poner en pié á todos los habitantes de la aldea. En el rústico muelle, muy cerca del Hotel, había ya anclado una de esas embarcaciones de regular tamaño, llama-

das aquí canoas, pero que en realidad son lanchas de fondo plano. El desembarque de los efectos nacionales que había traido para su venta, comenzaba á efectuarse; ya más tarde estarían estos en la plaza del *tianguis* dominical, tan común á estos pueblos. Con viento poco favorable de popa, caminaban por entre las pequeñas olas, tres canoas, que con velas poco henchidas, se dirigían á estas playas. Los remeros hacían por impulsar el lento avance de esas embarcaciones tan sumamente primitivas que, en aguas agitadas, se derriban con facilidad suma, y que tan solo avanzan en su carrera, cuando el viento es realmente fuerte y favorable.

El Mar Chapálico, con sus 90 leguas cuadradas (según la opinión de geógrafos perfectamente equivocados), no es por cierto, como alguien ha dicho, el lago más grande de la República. No es así; hay en el país uno más grande y con ventaja suma: la Laguna de Términos, con sus 306 leguas cuadradas. Lo que sí creo difícil, es que haya laguna más hermosa que el Chapala, en nuestro país; pues si el lago de Pátzcuaro, por ejemplo, es todo un idilio, y el Cuitzeo todo un canto de horizontes vastísimos, en que la soledad inmensa es el tema favorito del poeta, el Mar Chapálico, es un poema de singular é imponente grandeza, cuyos cantos lo forman sus tempestades y sus calmas, sus tropicales orillas montañosas y su historia patriótica.

He dicho ya, que al venir aquí era en busca de las tempestades, las calmas, los ideales y la historia realística de este Chapala, en esta mañana hermosa, sentado sobre la arena, muelle de esta playa, era recompensado con un paisaje enteramente ideal, como el que resaltaba á la vista, bajo el poder de una aurora matutina. La calma ¡ah! ¿acaso no la sentía en el alma, no estaba por ventura transmitida en gran parte, por esa inmensa mole de agua, por esa naturaleza tropical de los alrededores, sonriente y tranquila al despunte del nuevo día? ¿La tempestad?

Esa vendrá más tarde. ¿Y la historia realística? Ya en su oportunidad también será contada.

Se alejaban las olas de la playa, dejando su blanca espuma tendida como encaje sobre las arenas, como un recuerdo de una cosa que olvidada, vendrá más tarde á recogerse. Era la hora de la mar baja, en que el reflujo descubre una parte de la playa. Pero, á propósito de esto, dirán algunos ¿por qué á este lago se le llama Mar Chapálico? Pues se le nombra así, porque es un mar interno tal como el Caspio, ó el Muerto, allá en el Continente Asiático.

—Marea.—Llámanse así también á lagos grandes como estos. Pero el Chapala, se diferencia del mar Muerto, en que las aguas de este último, se encuentran impregnadas de sales y de ácidos que impiden la cria de todo género de pesca. También se diferencía, en el hecho de que son muy áridas las montañas que lo rodean, mientras que las de Chapala son fértiles y bellas.

Se asemejan en cuanto á que, ambos mares reciben las aguas de dos rios. El primero: las del Jordán y el torrente Cedrón. El segundo: las de Santiago ó de Lerma y el Cuitzeo (conocido con el nombre de rio grande de Tololotlán). Este rio de Cuitzeo, nace según se dice, en este mismo lago-mar interno, y después de recorrer una distancia inmensa se desagua en el puerto de San Blas, en donde une sus aguas dulces á las saladas del Océano Pacífico. El Lerma, entra al Chapala, después de desbordarse magestuoso en Juanacatlán, para más tarde confundirse aquí, con el Cuitzeo y formar las aguas de este Chapala, bello é inspirador. Por la parte oriental, y al sur del pueblo llamado de Jamay, penetra al lago el Lerma. ¡Qué cosas de la naturaleza! Nace este rio cerca de una laguna para ir á dar á otra, y de aquí, venciendo una distancia de 208 leguas, viene á perderse en el profundo mar.....

Pasaba en revista por mi mente, estas ideas y esos datos sentado en esta linda playa, y me olvida-

ba de la hora, hasta que el sol haciéndome sentir el poder de sus rayos, me hizo irme al muelle rústico de este modesto puerto, donde atracaba una canoa cargada de pescados.

La pesca, como es de suponerse, es comercio muy propio á estas comarcas. Mucha es la gente que gana su vida, con negocio tan importante. ¿Quienes fueron los primitivos pescadores, quienes los navegantes y descubridores primeros de este mar interno? Todo esto de tan grande interés, se encuentra oculto, perdido [probablemente para siempre], en la misteriosa obscuridad de las edades pasadas. Lo que se sabe, es que, durante la conquista de la Nueva Galicia ó de Jalisco, los españoles, se encontraron aquí con que los indios navegaban el lago y hacían la pesca para su comestible. Se encontraron también con hombres de edad muy avanzada, que tenían como tradición la idea de que sus antepasados habían venido del Asia. Pero volviendo al muelle; desembarcaban una pesada red repleta de peces de diversos tamaños. Por las investigaciones que he hecho, respecto á la cria y diversas clases de pescados propios al mar Chapálico, resulta que estos pueden clasificarse y dividirse de la manera siguiente:

Hay el pez llamado *Blanco,* y este es el que mejor aprecio tiene. Su carne es muy blanca y dulce al paladar; blancas también son sus escamas, y relucientes como plata. Su tamaño mayor es un tercio de vara, y se asemeja mucho en sabor al pez del mar Atlántico, conocido con el nombre de *Sole* en Inglaterra y de *Lenguado* en España. De este hay tres ó cuatro clases.

El *Bagre,* menos espinoso que el *Blanco,* y con la carne no tan blanca, tirando más bien al color morado; el cutis, grueso de color obscuro muy liso y sin ninguna escama. Es apreciable al gusto, pero por otro lado algo dañoso á la salud, por ser de por sí frío lo mismo que flemoso. Me llama la atención ver la vitalidad que revela este pez largo rato después de

haber salido fuera del agua. Recuerdo que en La Barca he visto uno de estos peces, de una vara de largo y 15 libras de peso, evadirse de la red 20 minutos después de haber sido pescado; tal era la fuerza de su potente aleteo y singular vitalidad. Este pez, que tiene la cabeza muy grande respecto de su cuerpo, tiene también una fila de dientes en cada mandíbula, y es común á todos los ríos de la América; hay en Chapala seis clases diversas.

Otro pescado abundante y pequeño, pues el más grande no pasa de una sesma de vara, es uno conocido aquí con el nombre de *Charal.* Del mismo color y escama del pescado *Blanco,* tiene en el mercado, igual aprecio, por ser casi de la misma especie.

Hay un pecesillo muy espinoso, llamado *sardina del Chapala*; su tamaño cuando mucho es de una cuarta. Agradable al paladar, no es dañoso á la salud; tiene escama con el color obscuro deslavado. La sardina, es propia á los mares Atlántico y Mediterráneo, donde permanece en las profundidades una gran parte del año, hasta que en el Otoño, [según observaciones zoológicas], se arrima á las costas para desovar. Es de presumirse, que siendo la sardina un pecesillo propio á los mares mencionados, al encontrárnoslo en estas aguas dulces del mar Chapálico, sea una cria especial y propia á la biología del país. Así es que, podemos considerarla como una especie particular á el Chapala, puesto que esta se cria en aguas dulces, y la otra por el contrario, en aguas saladas de la mar. Otros pescados hay en estas aguas como la *Popocha,* muy apreciada en Toluca, [según informes fidedignos], y cuya venta produce mucho dinero. Finalmente, la *Mojarra,* es también de abundante pesca; y el *Chuimé* ó *Boquinete,* que es un pez muy parecido al Robalo.

Hasta aquí mis pobres observaciones sobre las clases diversas de peces que se crían en el mar Chapálico, y que son un medio importantísimo, de sub-

sistencia y de comercio para miles de gentes en estas comarcas.

En cuanto á la pesca, dos son los medios empleados aquí: las redes, entre las que hay algunas de 100 varas de largo (como una que ví en el rio de Zula, en Ocotlán, una mañana) admirablemente tejidas, —y el anzuelo común á todo pescador.

Los pescadores, tienen en general un aspecto simpático y un aire varonil, propio á esa vida de todo hombre que nace, crece y muere, en medio los grandes elementos de natura. ¿Qué importan á estos pescadores las recias tempestades de su mar interno, cuando todos son como pescados en el agua, cuando á rio revuelto hay ganancia para ellos? ¿Qué importa que se derribe una canoa entre las olas agitadas, acaso no han aprendido todos á nadar desde sus juveniles años? Me causa gran placer, poder comunicar en estas páginas, que el hombre indígena de estas regiones no es el pobre que vemos en la meseta central: humilde, abyecto, sumiso hasta lo inconveniente. No; los hijos de esta tierra, conservan en sus venas ese fuego de sus antepasados; aquel que en las guerras contra el conquistador así como en aquellas en que lucharon invencibles por su sagrada independencia, hizo de muchos de ellos heroes en nada indignos de los valientes de otros pueblos, de otros siglos ajenos á los suyos.

He dicho ya, que el pueblo de Chapala, situado á orillas del lago-mar, lo es en su mayor parte de pescadores; quisiera agregar algo tocante á su antigüedad; más todo lo que de él se sabe, es que, cuando la conquista de la Nueva Galicia, existía ya sin tener mucha importancia y sin mayores antecedentes que, los de encontrarse aquí, en una montaña, un ídolo, que en altar de basalto, adoraba el pueblo chichimeco. El rodar de tres largos siglos, ha tan solo cambiado el primitivo *jacal* del indígena, en casa de adobe con puertas de madera blanca y ventanas de ol mismo; las vestiduras de pluma, por las de manta y

cuero, las pieles de bestias feróces en la cabeza del guerrero, como un distintivo de valor y de heroismo, por el sombrero de *petate* de anchas alas; y la flecha por las armas de fuego. Pero, hay una cosa de vital importancia en la que si han ganado los indígenas de una manera transcedental:—el cambio de sus obscuras creencias idólatras, por las esplendorosas de la fé cristiana. Y este cambio estupendo, que ha sido en realidad, la obra grandiosa del conquistador español, se dejó sentir por toda la inmensidad del mexicano territorio donde frecuentemente, y sobre las ruinas del *Teocallis*, se levantó el templo y el culto al verdadero Dios. No es de estrañarse, pues, que á orillas del Chapala, y á unas cuantas varas de distancia del rústico muelle, se levante la iglesia parroquial, con sus dos torres bellas, blancas y simbólicas de la más pura de todas las religiones de la tierra.....

Difícilmente, podía haberse encontrado lugar más lleno de poesía que el de ésta playa, para erigir un templo á la Divinidad. Es cosa singular, pero por todos lados y á muchas leguas á la redonda, se levantan estas torres muy vistosas como una señal inequivoca, de que en medio de la grandiosa selvatiquez de estas comarcas, se adora al Ser Supremo en los altares de un hogar sacrosanto, de un templo, que envia al lago-mar, los rumores del órgano imponente y los cantos sagrados de música inspirada, cuyos écos recoje la montaña al través de las olas.

Después de un almuerzo en que el pescado frito hizo las veces del mejor de los manjares, me dirigí al templo situado frente á la posada. Era domingo, y por lo tanto su única nave estaba llena de gente. Una masa compacta, arrodillada y respetuosa era lo que me encontraba en ésta vez. El templo, y el pueblo revelaban ese aseo, que como llevo dicho, es tan proverbial á Jalisco. Desde la puerta de la iglesia, se dominaba una vista hermosísima del mar-interno, y la brisa purísima de las montañas, de la orilla opues-

ta, se dejaba sentir en el templo, un tanto caluroso. El silencio, era de vez en cuando interrumpido, por el vaiven de la marejada en la playa, ó por el de las olas que al romper contra las piedras del cercano muelle, lanzaban sus quejidos á los vientos.

¡Qué bello cuadro aquel formado por la naturaleza, la fé, el sentimiento religioso y la modesta iglesia representante del arte cristiano á orillas del Mar Chapálico Jamás olvidarè haber asistido á un templo bajo tan poéticas y sentimentales impresiones.

Cerca del ángulo formado por el casi derruido muro de caprichosa forma, que circunda el cementerio de esta poética iglesia parroquial, se destaca un árbol llamado aquí *Salate*; es chaparrón, pero de grueso tronco y de tendidas ramas. Este árbol [probablemente de dos siglos ó más] se hace notable entre los montículos de arena de la playa como el único representante aislado de vigorosa vegetación. ¡Es un lunar en las arenas este árbol solitario de los siglos, por mucho que su sombra sea refugio de tantos á la hora del sol ó de la tempestad! No me explico la presencia de este vetusto árbol en lugar tan poco apropiado como lo es para él esta arenosa playa, sino es de esta manera: erupciones volcánicas, grandes perturbaciones de la naturaleza, que han venido cambiando la configuración del terreno y que han determinado que las aguas y arenas del Chapala, suban hasta este sitio donde años atrás, no había sino colinas fértiles. Es indudable que la tierra vegetal está debajo esas arenas, pues de otro modo imposible sería, que este árbol solitario siguiese desarrollándose en esta playa, como prueba inconcusa de la vitalidad enérgica del reino vegetal.

Había llegado la tarde de este domingo memorable, cuando á invitación de unos amigos iba á surcar por vez primera las aguas del Chapala. No sé qué había en la atmósfera, que indicaba un temporal por venir en tiempo no lejano. Un aire menos reseco que el del resto del día; un vientecillo húmedo resultado de lluvias y evaporizaciones; unos horizontes color apizarrado. Llegábamos al embarcadero rústico, y notaba que el agua estaba demasiado agitada en sus orillas, no obstante que al parecer estaba muy tranquila la vasta superficie del mar-interno. Mi primera impresión, al ver el barquichuelo en que se pretendía vogásemos, era que aquel estaba más adecuado á un río pequeño y de corrientes suaves, que á este mar imponente por su volumen de agua, sus largas distancias, junto con sus peligros naturales.

Sin lastre suficiente, con timón muy poco gobernable, y marejada gruesa, estuvimos á punto de ser derribados por esta embarcación, demasiado pequeña é imperfecta para su objeto. La experiencia no era del todo agradable, por más que los marineros se esforzaban en hacernos creer que su bote era muy bueno y muy ligero, protestamos de tres, dos: que era resgoso hacernos á la vela en semejante embarcación. Ganó la mayoría, y aprovechando á la vez la oferta de la gran canoa atracada al muelle, y que por la mañana había visto entrar cargada de efectos nacionales, nos trasladamos á ella, no sin haber experimentado una mojada regular, al pasar de una embarcación á la otra.

Pensaba, como era natural, en que no hay viaje sin riesgo en la vida de las expediciones por el mundo. Pero es preciso confesar que aquí, en el Mar Chapálico, no está el riesgo tan palpable en las aguas, como en lo muy imperfecto y primitivo que está todo relativo á navegación por parte de los pobres indígenas.

Con más ó menos alharaca, confusión y voces de mando, nos hicimos por fin á la vela. Sin embargo, el patrón de la canoa me inspiró desde luego mucha confianza, y en nada desmintió más tarde el hecho de ser un marino fogueado. Hombre de 60 años, conocía el Chapala desde que había nacido, y estaba por lo tanto, muy familiarizado con el elemento formidable de las aguas, tanto con sus calmas discretas, así

como tembién [á decir de él], con sus indiscretas tempestades.

La canoa en que íbamos, tendría unas 10 toneladas; sin duda embarcación de las grandes, que hacen el comercio y navegación de estas hermosísimas riberas. Cubierta en su parte de popa, por un toldo formado de gruesos petates, industria del país, era preciso para gozar de las vistas treparse en la caja del timón, ó sentarse en la proa. Esta embarcación tenía un olor inequívoco á pescado, la verdad, es que los pescadores tienen la costumbre de colgar en las cuerdas del aparejo los Charales y las sardinas de que ya he hecho mención. Estos peces, se cocinan con los rayos del sol, y una vez fritos por ellos, sirven de alimento á los marineros, en sus largas é inciertas caminatas en Chapálicas aguas.

Describir las innumerables bellezas de este lago mar, con sus orillas montañosas, sus haciendas de labor, su vegetación tropical exhuberante y llena de un colorido y de un aroma propio; sus aldeas y pueblos, de romántica historia y de tradicional enseñanza, llenaría no un capítulo, sino más bien un libro aparte. Pero lo que sí afirmaré es lo siguiente: que es placer indecible vogar en éstas aguas, cuando están relativamente reposadas, cuando esa coloración en los cerrosy celajes de múltiples y cambiantes matices, enloquece al artista, cuando el poeta, en brazos de las musas, siente el soplo de la sublime inspiración. De ese soplo, oculto é incomprensible, que pone alas al pensamiento y sentimientos en el alma; de ese soplo que al asumir la palabra humana, como maravilloso motor de la expresión, nos eleva y nos conmueve hasta lo infinito.

Caminábamos rumbo á la histórica isla de Mescala, sita á seis leguas del pueblo de Chapala, el que desaparecía de nuestra vista como un objeto de linterna mágica. Allá en la lejanía, como conos de volcán, se veían las torres blancas de la iglesia parroquial, más de hay en fuera, lo único que impre-

osinaba, eran tres cosas: la masa enorme de agua haciendo horizonte, las sierras y montañas envueltas ya por las tupidas sombras de la tarde, la colosal bóveda del cielo encapotada en parte por nubes en rápida carrera.

Pensaba entre otras cosas, en las profundidades de este Chapala, pues previsto el caso de que nuestra embarcación se derribase, no era muy poca cosa, tener siquiera idea de las honduras por donde navegábamos.

El agua, de un color barroso muy subido, hacia imposible vislumbrar los fondos, pero el andar ligero de la lancha-canóa, era una indicación de que vogábamos en aguas bien profundas.

—¿Está muy hondo aquí?

—¡Ah! sí señor, me contestaba el viejo marinero.

—¿Cuántas brazas?

—Pues dicen los que han echado sonda, que hay por aquí de fondo como unas doce ó quince varas.

—¿Es esto lo más hondo del Chapala?

—Pues quien sabe señor, de eso no entiendo bien, pero yo puedo asegurar, que bárcos muy *grandotes* pueden andar aquí. [*].

El viento que comenzaba á cambiar de dirección, nos arrojaba rumbo opuesto al deseado por nosotros; es decir: á la playa. Nos encontrábamos á unas quinientas varas de un marjál ó valle pantanoso con tupida vegetación acuática. Destacábase en estas soledades un anzar triste y meditabundo; varios alcátraces parecían tener comunión entre sí, formando círculo compacto; mientras tanto los patos y las garzas volaban y nadaban agitados por aquí y acullá.

Estos fieles representantes de la fauna de éstas

[*] El geógrafo jalisciense D. Longinos Banda, nos dice en sus «Nociones Geográficas del Estado de Jalisco,» que: las profundidades en la extremidad oriental son de 1½ brazas 6] en la parte más céntrica y 3 brazos en la orilla Occidental; con 95. 93 leguas cuadradas de extensión.